

heroe! Un día fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destrucción de los jenizaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿porqué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroísmo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve á aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardín de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. En frente, se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minaretes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

.....

29 de mayo.

Un joven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al traje turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guía, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuanto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! ¡Qué progreso! ¡y cuanto no promete! ¡Cuantas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprensibles á los ojos de nuestros descendientes! En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prójimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hom-

bre se cree legítimo poseedor del hombre á quien compra! ; Qué de legitimidades de este género de que no nos damos cuenta! Lo son sin embargo, porque no se le puede pedir al hombre mas de lo que sabe : sus convicciones son sus verdades, y para él no hay otras : solo Dios las posee todas, y nos las distribuye á proporcion y á medida de nuestras inteligencias sucesivas.

El mercado de esclavos es un gran patio á cielo raso, y rodeado de un pórtico cubierto. Bajo este pórtico, que circunda por el lado del patio un antepecho de mampostería, se abren varias puertas que comunican con los cuartos donde los mercaderes tienen sus esclavos; estas puertas estan abiertas para que los compradores, paseándose, puedan verlos. Los hombres y las mugeres estan en estancias separadas; las mugeres no llevan velo. Ademas de los esclavos encerrados en estas piezas bajas, hay otros muchos agrupados en la galería debajo del pórtico y en el patio. Empezamos por recorrer estos diferentes grupos. El mas notable era un puñado de jóvenes Abisinias en número de doce ó quince; colocadas de espaldas unas á otras como aquellas antiguas cariátides que sostienen un jarron sobre sus cabezas, formaban un círculo vueltas todas de cara á los espectadores. Casi todas eran hermosísimas; tenían los ojos rasgados, la nariz

aguileña, los labios sutiles, el rostro ovalado, el cabello negro y reluciente como las alas del cuervo. La espresion pensativa, triste y lánguida de la fisonomía hace de las abisinias, á pesar del color atezado de su cutis, una raza de mugeres admirables; son altas, delgadas de cintura, y airosas como las palmeras de su hermoso pais. Sus brazos tienen actitudes hechiceras. Aquellas muchachas no tenían mas vestido que una camisa de lienzo tosco y amarillento : llevaban en las piernas brazaletes de cuentas de vidrio azul. Sentadas sobre los talones, inmóviles, apoyada la cabeza en la mano ó en la rodilla, nos miraban con ojos tan dulces y tristes como los de la cabra ó el cordero que llevan á vender las labradoras á las ferias de los lugares; á veces hablaban unas con otras y se sonreían. Una habia que tenia en brazos un niño, y que lloraba porque el mercader queria venderle sin ella á un revendedor de niños. Habia no lejos de este grupo, siete ú ocho negrillos de ocho á doce años bastante bien vestidos, y que parecian sanos y bien tratados; estaban jugando á un juego del Oriente cuyos instrumentos son unas chinillas que se combinan de diferentes modos en unos hoyitos que se hacen en la arena : — entre tanto los mercaderes y revendedores circulaban al redor de ellos, y cogian ora á uno, ora á otro por

el brazo, le examinaban con atención de pies á cabeza, le palpaban, le hacian enseñar los dientes para juzgar de su edad y de su salud; luego el muchacho, distraido un momento de sus juegos volvia á ellos á toda prisa. En seguida entré en los pórticos cubiertos, llenos de una multitud de esclavos y de compradores. Los Turcos que hacen este comercio se pasean magníficamente vestidos con pellizas forradas de pieles, por entre los grupos, con su larga pipa en la mano, el rostro inquieto y cuidadoso, y espiando con ojo avizor la menor mirada que penetra en sus almacenes de hombres y de mugeres; pero tomándonos por Arabes ó Egipcios, no se atrevieron sin embargo á impedirnos entrar en ningun cuarto. Vendedores ambulantes de bollos y de frutas pasas recorrian la galería, vendiendo á los esclavos sus mercancías; á uno de ellos le dí unas cuantas piastras para que distribuyese su cesta á un grupo de muchachos negros, que devoraban aquellas golosinas.

Allí me llamó la atención una pobre negra de diez y ocho ó veinte años, extraordinariamente hermosa, pero de un aspecto duro y displicente. Estaba sentada en un banco de la galería, con la cara descubierta y ricamente vestida, en medio de como hasta una docena de negras muy andrajosas, puestas en venta á ínfimos precios;

tenia sobre sus rodillas un precioso muchacho de tres ó cuatro años magníficamente vestido tambien. Aquel muchacho, que era mulato, era de lo mas lindo é inteligente que puede imaginarse: hícele algunas caricias y le dí bizcochos y almendras que compré en un puesto inmediato, pero su madre se los arrancó de la mano y los tiró al suelo con vivo despecho. Tenia los ojos bajos y estaba llorando; creí que seria por miedo de que la vendieran sin su hijo, y compadecido de su desgracia, rogué á M. Morlach, mi amable conductor, que la comprase con el niño por mi cuenta. Dirigímonos á un corredor conocido de M. Morlach, que entró en trato con el amo de la hermosa esclava y del niño; al principio hizo el amo como si efectivamente pensase venderla, y la pobre muger empezó á sollozar lo mismo que el chiquillo, pero aquel trato no era mas que valor entendido por parte del mercader, y cuando vió que dábamos sin regatear el subido precio que nos habia pedido, llamó á parte al corredor y le confesó que la negra no estaba de venta, que era esclava de un Turco muy rico de quien era hijo el mulatillo; que la tal negra tenia un caracter indómito, y que para corregirla y castigarla, su amo la habia enviado al bazar como para deshacerse de ella, pero con secreta orden de no venderla. Este castigo es

muy comun, y cuando un turco está descontento con alguna esclava, su primer amenaza suele ser enviarla al mercado. Seguimos adelante, y pasamos por varias estancias, que contenian cada cual cuatro ó cinco mugeres, casi todas negras y feas, pero sanas y robustas al parecer. La mayor parte parecian indiferentes á su situacion y aun solicitaban á los compradores; hablaban, se reian entre sí, y hacian observaciones críticas sobre la traza de los que las regateaban:— una ó dos lloraban y se escondian en el fondo de la estancia, y acudian de malísima gana á ponerse en evidencia en el tablado donde estaban las otras. Vimos á varias de ellas irse muy contentas con el Turco que acababa de comprarlas, cogiendo su hatillo debajo del brazo y tapándose el rostro con sus velos blancos. Dos ó tres actos de misericordia presenciarnos que la caridad cristiana envidiaria á la de los buenos musulmanes; algunos Turcos compraron las esclavas viejas á quienes sus amos habian echado por inútiles ó gravosas, y cuando preguntamos para que podian servirles aquellas infelices. — Para dar gusto á Dios, nos respondió el corredor; y M. Morlach me dijo que muchos musulmanes solian enviar á comprar en los mercados los pobres esclavos enfermos de ambos sexos, con el solo objeto de mantenerlos por caridad en sus

casas. Nunca el espíritu de Dios abandona enteramente á los hombres.

Las últimas estancias que visitamos estaban medio cerradas, y no sin trabajo logramos que nos dejasen entrar en ellas; no habia en cada una mas que una sola esclava custodiada por una muger. Todas eran jóvenes y hermosas Circasianas, recién llegadas de su pais; estaban vestidas de blanco con estremada elegancia y aliño: sus bellos rostros no manifestaban dolor ni asombro, y sí solo una desdeñosa indiferencia. Estas hermosas esclavas blancas de Georgia ó de Circasia han llegado á ser rarísimas, desde que las Griegas no pueblan ya los serrallos, y la Rusia ha prohibido el tráfico de las mugeres; mas con todo las familias Georgianas continuan criando á sus hijas para ese infame comercio, y no faltan de cuando en cuando en los mercados algunos cargamentos de contrabando. El precio de esas bellísimas criaturas asciende de doce á veinte mil reales, al paso que las esclavas negras de regular belleza no cuestan arriba de dos á tres mil reales, ó á todo lo mas, de cuatro á seis mil. En Arabia y en Siria son mucho mas baratas. Una de aquellas Georgianas era perfectamente hermosa; pero en general las mugeres de este pais distan mucho de la hermosura de las Arabes; el tipo septentrional se descubre en sus fi-

sonomías. La hermosa esclava de que acabo de hablar fué vendida á nuestra vista para el haren de un joven bajá de Constantinopla. Dolorido el corazon y los ojos húmedos salimos de aquella escena que se renueva todos los días y á todas las horas en las ciudades de Oriente, y volvimos pensativos al bazar de Stambul. ¡Estos son los efectos de las legislaciones inmóviles! — Consagran las barbaries seculares, y dan el derecho del tiempo y de la legitimidad á todos los crímenes! Los fanáticos de lo pasado son tan culpables y funestos á la humanidad como los del porvenir; los unos inmolan al hombre á sus ignorancias y á sus recuerdos; los otros á sus esperanzas y á su precipitación. Si el hombre hiciese, pensase y creyese lo que hacian y creian sus padres, el linage humano todo entero estaria aun en la idolatría y en la esclavitud. La razon es el sol de la humanidad, es la infalible y perpetua revelacion de las leyes divinas, aplicable á las sociedades. Es preciso andar para seguirla, só pena de quedarse en el mal y en las tinieblas, pero no hay que tomarle la delantera, só pena de caer en precipicios. Comprender lo pasado sin echarlo de menos; tolerar lo presente mejorándolo; esperar el porvenir preparándolo; tal es la ley de los verdaderos filósofos y de las instituciones benéficas. El pecado contra el Espíritu

Santo es ese combate de ciertos hombres contra la mejora de las cosas; es ese esfuerzo egoista y estúpido para hacer que retroceda sin cesar el mundo moral y social, que Dios y la naturaleza impelen sin cesar hácia adelante. Lo pasado es el sepulcro de la humanidad; es preciso respetarlo, pero no encerrarse y vivir en él.

Los grandes bazares de diferentes mercancías, y el de las especerías sobre todo, son unas largas y anchas galerías abovedadas, con aceras levantadas, y ceñidas de puestos llenos de toda especie de objetos de comercio. Armaduras, jaeces de caballos, joyería, comestibles, tafilería, chales de las Indias y de Persia, tejidos de Europa, alfombras de Damasco y de Caramania, esencias y perfumes de Constantinopla, narguilés y pipas de todas formas y de singular magnificencia: ambar y coral labrados al uso de los Orientales para fumar el *tumbach*; muestras de tabaco picado ó doblado como resmas de papel amarillo; puestos de pasteles apetitosos por su forma y su variedad; hermosas confiterías, con innumerable variedad de dulces; droguerías de donde se exhala un perfume que embalsama todos los bazares; capas árabes tejidas de oro y pelo de cabra; velos de mugeres recamados de lentejuelas de plata y oro; — en medio de todo esto, una inmensa muchedumbre y renovada á cada

instante de Turcos á pié, con la pipa en la boca ó en la mano, seguidos de esclavos, de mugeres tapadas, acompañadas de negras con hermosos niños en brazos; — bajás á caballo, atravesando al paso por entre aquella multitud apiñada y silenciosa, y carruages turcos, cerrados con sus doradas rejas, conducidos al paso por cocheros turcos de largas barbas, y llenos de mugeres que se paran de trecho en trecho á las puertas de los joyeros; — tal es el aspecto de estos bazares. Si estuvieran reunidos en una sola galería, formarían muchas leguas de longitud. Estos bazares, donde el roce es forzoso, y donde los Judíos ponen de muestra y venden vestidos de apestados, son los mas activos vehículos del contagio. Ahora acaba de declararse la peste en Pera con cinco ó seis accidentes mortales, y no sin alguna inquietud pasamos por entre esta multitud que puede diezmar mañana.



18 de junio.

Días pasados en nuestra soledad de Buyukderé con el Bósforo y el mar Negro á la vista; estudio, lectura. Por la tarde, paseos en caique á Constantinopla, á Belgrada y á sus incompara-

bles selvas; á la costa de Asia, á la desembocadura del Euxino, y al valle de las Rosas, situado detras de las montañas de Buyukderé, sitio á donde voy con frecuencia. Riega este delicioso valle una fuente adonde los Turcos van á disfrutar los encantos del agua, de la frescura, del olor de las rosas y de los cantos del bulbul ó ruiseñor; hay junto á la fuente cinco árboles inmensos, y á su sombra un café cubierto de enramada; mas allá, el valle estrechándose conduce á una pendiente de la montaña donde dos pequeños lagos artificiales duermen bajo las anchas bóvedas de los plátanos. Los Armenios vienen por la tarde con sus familias á sentarse en sus orillas á merendar ó á cenar; — hechiceros grupos al rededor de los troncos; — bailes de doncellas; — placeres decentes y silenciosos de los Orientales. Se ve que el pensamiento íntimo goza en sí mismo: — estos hombres sienten la naturaleza mejor que nosotros: — en ninguna parte tienen los árboles y las fuentes mas sinceros adoradores. Hay una simpatía profunda entre sus almas y las bellezas de la tierra, del mar y del cielo. Cuando vuelvo por la noche de Constantinopla en caique, y costeo las márgenes de Europa, á la luz de la luna, veo una cadena de una legua de matronas, doncellas y niños, sentados en silencio, formando grupos, en los bor-

des del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines, donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna, — respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de esas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmoverle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas: — miserables á quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los Rusos y los diplomáticos; el conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los Rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas, ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura á asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolas, en que le dice en sustancia: — Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha co-

locado á un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad á su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoreis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble lenguaje, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará á volar, y la necesidad traerá á ella de nuevo á los Rusos, á quienes su probidad política aleja por un momento.

.....

20 de junio.

Aquí he conocido á un hombre amable y de provecho, á uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piemontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piemonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatías en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su